



ABUELA, ¿QUÉ PASÓ EN SEPTIEMBRE DE 1988?

Ilustrado por Marta del Corro López
XAVIER EGUIGUREN

ABUELA ¿QUÉ PASÓ EN SEPTIEMBRE DE 1988?

XAVIER EGUIGUREN
Ilustrado por Marta del Corro López



GUARDIA CIVIL



Edita: Secretaría General Técnica del Ministerio del Interior

Diseño y Maquetación: Gráficas Sorles

NIPO (en línea): 126-22-070-5

NIPO (papel): 126-22-069-2

Depósito Legal: M-28019-2022

Catálogo de publicaciones oficiales: www.cpage.mpr.gob.es

Diciembre 2022

PRÓLOGO

Hay un hilo que une la historia de dos grupos de mujeres pioneras en la Guardia Civil. Para buscar su origen, habría que remontarse más allá de 1988, concretamente hasta 1950, cuando una figura nacida a mediados del siglo XIX en el seno del Cuerpo de Carabineros se incorporaba a la Benemérita. Se trataba de viudas o huérfanas de guardias civiles, solteras, a las que se pedía que mostraran una buena conducta social, y que eran las encargadas de realizar los registros corporales a mujeres en los controles de aduanas.

Con el paso de los años, el papel de estas matronas que vestían su uniforme reglamentario, pero no portaban arma, y que contribuyeron a erradicar el contrabando en los puestos fronterizos fue adquiriendo mayor protagonismo e incluso una

mayor profesionalización, llegando en 1987 por primera vez a convocarse pruebas de acceso libre para cubrir 69 plazas de Matronas del Cuerpo de la Guardia Civil. De hecho, hasta 1988 fueron las únicas mujeres presentes dentro de la Guardia Civil.

Las matronas abrieron un camino que, cuatro décadas después, sentaría los cimientos de la incorporación de la mujer a la Guardia Civil en las mismas condiciones de acceso y promoción que los hombres. Ese fue el año, 1988, en el que mujeres ilustres ascendían a lo más alto: la escritora Carmen Martín Gaité ganaba el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, mientras que María Zambrano se hacía con el Premio Cervantes. Y en ese 1988, un grupo de 197 mujeres ingresaba en la Academia de Guardias de Baeza, en Jaén, para escribir un nuevo capítulo de la historia y formar parte de la primera promoción mixta de mujeres y hombres en casi 150 años.

Con las nuevas guardias civiles que desempeñaban su tarea en las mismas áreas y con las mismas

oportunidades que los hombres, la figura de la matrona se fue diluyendo hasta acabar desapareciendo casi al límite del año 2000. Quienes dieron aquellos primeros pasos en silencio se iban retirando mientras que las nuevas incorporaciones avanzaban con paso decidido y su presencia iba adquiriendo cada vez más protagonismo dentro de las diferentes especialidades del Cuerpo.

A lo largo de estos 35 años, la mujer ha sabido derribar obstáculos para demostrar que también puede llegar a lo más alto. Alrededor de 7.500 mujeres han vestido el uniforme de la Guardia Civil, casi una docena de ellas ostenta el empleo de teniente coronel, dos de ellas se han puesto al frente de una comandancia e, incluso, una mujer se ha convertido en la primera directora de un Cuerpo con más de 175 años de historia.

Que esa historia que comenzó hace más de 80 años continúe escribiéndose con nombre de mujer dependerá del esfuerzo, del reconocimiento y de la

corresponsabilidad de todos, hombres y mujeres. Eliminar los obstáculos que impidan su completo desarrollo profesional, fomentar la conciliación familiar o seguir captando talento que permita colocar a la mujer como referente en la consecución de logros y en la mejora del servicio diario son los retos futuros sobre los que seguir trabajando. Pero también seguir haciendo camino sin olvidar a aquellas matronas que se convirtieron en pioneras, ni a aquellas mujeres que hace 35 años dieron un paso al frente y decidieron que el tricornio no solo era cosa de hombres.

Una guardia civil

INTRODUCCIÓN

Una fecha histórica fue el mes de febrero de 1988, cuando se promulgó el Real Decreto que permitiría a las mujeres acceder a pruebas para formarse en el Cuerpo de la Guardia Civil. Desde entonces la mujer dentro del Cuerpo ha tenido igualdad de derechos y oportunidades para crecer profesionalmente.

Tras ser aprobada la norma, en septiembre de ese mismo año doscientas mujeres lograron ingresar en la Academia de la Guardia Civil de Baeza (Jaén). De esta manera, la 94 promoción se convertía en la primera promoción mixta de hombres y mujeres, las cuales se convertirían en agentes de la autoridad, una función que hasta la fecha solo habían realizado hombres.

Con las letras que pueblan estos textos en los que se cuenta la historia que protagoniza una guardia civil llamada Celia, la intención es dar visibilidad cada uno de los días del año a todas aquellas mujeres que formaron y forman parte de la Guardia Civil; que permanecen y permanecerán prestando su servicio en la eterna memoria del Cuerpo y en la de España.

Si os aventuráis a viajar por entre estas páginas, conoceréis de primera mano a una familia normal, pudiera ser como la vuestra, o como la mía: con una abuela que realiza con sus nietos un montón de actividades con valores. La abuela se llama Lucía y está muy orgullosa de su hija que es una guardia civil; también aplaude cada vez que su nieta Marta confirma el deseo de ingresar en el Cuerpo, e intenta transmitir el amor por la justicia y la igualdad y por todo lo que representa su hija como guardia civil.

¿Cómo puede Lucía transmitir esos valores?, pues a través de los cuentos e historias que hablan de



cosas cotidianas que pueden estar ocurriendo en este mismo momento muy cerca de tu casa.

Desde el primero hasta al último capítulo de este libro, se alza la voz contra la desigualdad, y la violencia en todas las facetas conocidas y desconocidas; se alza la voz en favor de la ayuda, la colaboración, el auxilio humanitario...

Estos textos también pretenden viajar lo más lejos posible y dar a conocer la labor encomiable de la mujer dentro de la institución; labor de la que yo mismo he sido testigo durante 33 años de permanencia en la Benemérita. Esa visión de servicio al prójimo se ofrece a través de las intervenciones de Celia durante sus diferentes destinos en Unidades del Cuerpo. En la actualidad las mujeres se encuentran realizando servicio en casi todas las especialidades del Cuerpo.

Los valores que forman parte de mí los he aprendido dentro de la Guardia Civil, y son los que ahora plasmo en los diferentes libros infantiles que

escribo y que se utilizan en multitud de centros docentes; permitidme hacer uso de la magia que me ofrece la literatura para que yo pueda hacer lo propio con vosotros, enviaros desde estos renglones a los más pequeños y también a los grandes, un montón de valores que se van desgranando en las aventuras de Celia, una mujer disciplinada, valiente, sacrificada, auxiliadora, íntegra...

Debemos seguir trabajando para lograr que la sociedad sea cada vez más justa. En vuestra mano está el dar un buen ejemplo a las generaciones venideras.

**«La igualdad
y la diversidad han
de ser las principales
divisas para toda
la sociedad»**



Capítulo I

¿QUÉ PASÓ EN SEPTIEMBRE DE 1988?

Lucía tiene 73 años, es la abuela de Sergio y de Marta. Sergio es un niño alto y moreno, tiene 16 años, es muy estudioso; quiere ser científico en un laboratorio. Lucía está convencida de que Sergio encontrará el antídoto contra la infelicidad. Marta tiene 14 años y quiere irse a vivir a Londres. Le gusta la música, el baile y, según dice, pasa de todo lo malo. Quiere cambiar el mundo.

Lucía está sentada en su sillón, ese que hace que se sienta cómoda y tranquila. Le gusta llamarlo «el rincón de pensar».

—¡Sergio, Marta!, ¿de verdad queréis cambiar el mundo? Hace muchos años, otra generación de chicas y chicos de vuestra edad, se dieron cuenta de que el mundo era feo y egoísta; que no todos tenían las mismas oportunidades; que la igualdad entre las mujeres y los hombres no existía. El virus de la desigualdad no dejaba que muchas chicas pudieran cumplir sus sueños. Recuerdo que en España todo eso empezó a cambiar en el mes de septiembre de 1988.

—Abuela, ¿qué pasó en septiembre de 1988? —preguntan Sergio y Marta al mismo tiempo.

—Podéis sentaros en el suelo, os lo voy a contar —dice Lucía—. Os voy a relatar una historia que le sucedió hace muchos años a una chica llamada Celia.

Lucía apoyó las manos en las cabezas de sus nietos y comenzó el relato:

«La joven tenía 18 años y era físicamente muy parecida a ti, Marta; ese invierno había cogido el resfriado más grande de su vida, era tarde y estaba

metida en su cama, tapada con una manta hasta la cabeza. Por la noche le subía mucho la fiebre, aun así, ella decía que intentaba soñar con cosas bonitas: como que conseguiría un trabajo que le gustara y que le permitiera vivir en un castillo con una gran torre, rodeada por un muro con almenas...».

La abuela se quedó un rato pensativa con la mirada fija en el techo del salón, y continuó con la interesante historia.

«Celia pensaba en un foso profundo alrededor de su castillo de fantasía; tenía los ojos cerrados, pero los movía muy rápidamente debajo de sus párpados, eso quiere decir que estaba soñando.

En el pensamiento de la joven algo extraño ocurría; cambiaban los colores y los olores. Se elevaba hasta lo más alto del cielo. Y gritaba:

—Estoy sobrevolando un campo lleno de olivos, parece que estoy sobre Andalucía; ahora los olivos se hacen pequeños, minúsculos y acaban de desaparecer.





Hay un armario en la habitación; es de madera maciza de color blanco, y sale luz del hueco de la cerradura. Se escucha una voz en la oscuridad que dice:

—Celia, abre la puerta».

«CLICK» es el sonido de la cerradura, y la puerta se abre. Hay una carretera que serpentea hasta desaparecer. Un mundo escondido en el armario de su habitación. Celia introduce un pie, y después el cuerpo entero, hasta cruzar al otro lado. Y mientras explora, la joven dice para sí misma:

—Tengo un poco de miedo, voy a caminar despacito sin alejarme mucho de la puerta.

Un paso, otro, otro y otro más, ya ha perdido la cuenta. Caminaba Celia sin hacer ruido; no había pájaros ni voces, solo silencio. Daba miedo un camino tan solitario. Hay una senda pintada con tiza que sube y baja. En el camino alguien ha dibujado una gran boca que sonrío con tres dientes. Es una sonrisa graciosa.

Qué bonito es este olivar de mil colores; de pronto aparece de la nada un edificio de ladrillo con un gran portal y un cartel del tamaño de un trasatlántico en el que puede leerse: “*Guardia Civil*”. El edificio crece y se divide en otros seis edificios más; en la entrada del

primero hay una mesa y sobre ella, un letrero en el que alguien ha escrito con rotulador: “*1ª Compañía*”.

Entre unas piedras que forman un círculo se ven unos chicos jóvenes vestidos con un traje verde. Si en alguna ocasión os encontráis en apuros, siempre podréis llamar a esas personas que visten uniforme verde para que os ayuden ¿lo sabíais?

Están todos colocados en hilera muy firmes y cantan una canción; le llaman himno de la Guardia Civil. Utilizan palabras que Celia no entiende, pero con ritmo. Los Guardias marchan en formación por un gran patio. Un señor de blanco en una cocina removía en un caldero un líquido oscuro.

Se supone que estos señores uniformados en mi sueño tendrían que ser terroríficos. El señor vestido de blanco, que remueve con un cucharón el brebaje en la olla, está preparando una medicina; mira a Celia y dice:

—El remedio para tu catarro.



De pronto Celia ha despertado y ha dicho que ha soñado con unos guardias civiles que se comportaban como su madre y su padre, que decían: “Tranquila, ya estás curada; el mundo se está curando de su fealdad y egoísmo; desde ahora las chicas y los chicos tendréis las mismas oportunidades; pues se ha descubierto el remedio contra la desigualdad”. Pero, claro, esto es solo una fantasía.

Sin embargo, al abrir el armario se encontró con una nota que decía:

“Para ti, este libro con el que podrás prepararte para ser Guardia Civil

Firmado: el guardia de puertas”.

Y de pronto la luz del sol penetró a través de la ventana de la habitación».

Y así concluyó la abuela su relato, sorprendiendo a sus nietos con la siguiente pregunta:

—¿Sabéis quién era esa chica? —pregunta la abuela.

—No, ¿quién era, abuela? —dicen Sergio y Marta.

—Vuestra madre, que al poco tiempo de tener ese sueño pudo ingresar en la Guardia Civil, y eso ocurrió en septiembre de 1988 —dijo sonriendo Lucía.

Ambos quedaron sorprendidos.

—Vaya, abuela, que historia más bonita —dice Sergio.

—Pue sí, abuela, es preciosa y nos ha encantado. A mí también me gustaría ser Guardia Civil —dice Marta.

— Si os ha gustado, mañana os contaré una nueva historia; pero hoy, cuando vuestra madre venga del

cuartel, tenéis que darle un fuerte abrazo y decidle de mi parte que se cuide mucho.



Lucía os quiere preguntar:

**¿Sabéis lo que es la igualdad?
¿Qué debemos hacer para
conseguir que en nuestro mundo
haya igualdad plena entre
mujeres y hombres?**



Capítulo II

EL INCENDIO



—¡Ay!, abuelame he quemado con la vitrocerámica mientras me estaba preparando un café con leche — dice Marta, al tiempo que soplabla con fuerza sobre su dedo índice.

—A ver qué ha pasado, déjame ver esa quemadura. No es nada. Cura, cura, sana, sana, si no curas hoy curarás mañana —dice Lucía.

—Siéntate que te voy a echar una pomada y, ya que hablamos de quemaduras, te voy a contar una historia que le sucedió a tu mamá en su primer destino como guardia civil. Tu madre salió de la academia un

23 de junio de 1989, y con ella otras ciento noventa y seis chicas. Era la primera promoción en la que había mujeres en toda la historia de la Guardia Civil. Cada una se fue a un destino y a mamá le tocó un precioso pueblo llamado Porto do Son, en La Coruña. ¡Ay que nervios pasé cuando supe lo que le había ocurrido!

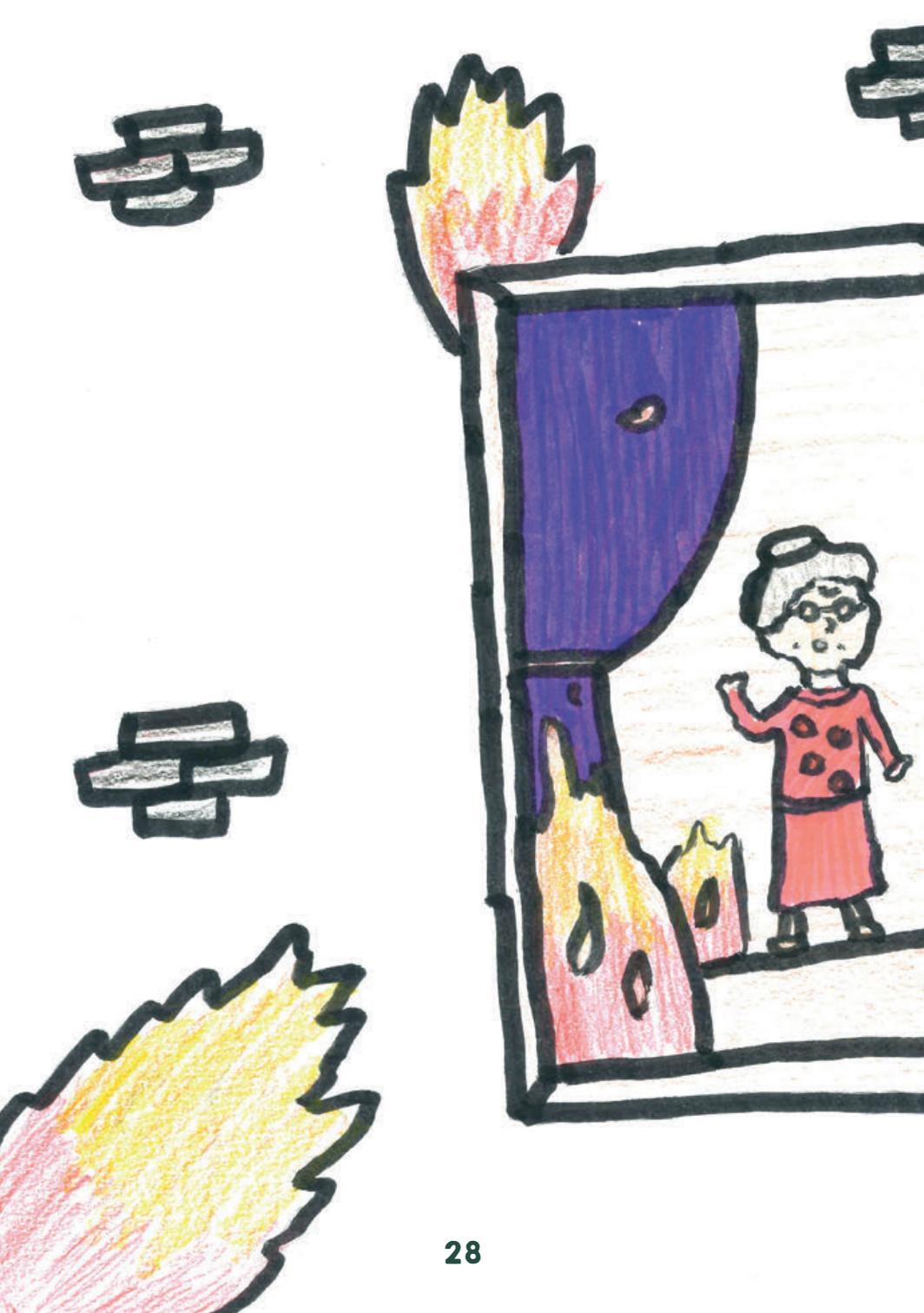
—¡Cuéntame abuela! ¿Qué le ocurrió?

Lucía se sentó en su sillón y comenzó el relato:

«Serían las cuatro de la tarde más o menos, tu madre estaba de descanso y se encontraba con otro guardia civil tomando un café en la cafetería que había en frente del cuartel; de pronto se escuchó una gran explosión que hizo que todos los que estaban dentro del establecimiento salieran rápidamente al exterior para ver qué es lo que había ocurrido. Una gran columna de humo se veía hacia la mitad del pueblo. Mamá y su compañero salieron corriendo con dirección a donde salía el humo. Buscaron por entre las callejuelas hasta que encontraron la casa que

había explotado. La puerta estaba completamente destrozada y había cristales esparcidos por toda la calle. Olía fuertemente a gas, y de vez en cuando salían unas llamaradas de color azul a través del hueco de una de las ventanas de la casa. Se escuchaban gritos en el interior. Tu madre y su compañero sin pensarlo dos veces entraron y buscaron primero en la planta baja. Removieron entre los escombros y restos de muebles destrozados; pero no encontraron a nadie. Los gritos de auxilio volvieron a escucharse pero ahora con más claridad provenían de la planta superior. Subieron por las escaleras recorriendo todas las habitaciones hasta que encontraron a una señora mayor con las piernas y el cuero cabelludo quemados. Entre mamá y su compañero agarraron a la mujer y la bajaron hasta la calle y, una vez que la pusieron fuera de peligro llamaron a una ambulancia para que fuera trasladada al hospital. La señora tendría más o menos mi edad y salvó la vida gracias a mamá y a su compañero.

Cuando tu madre me lo contó me puse muy nerviosa pensando en que podía haberle pasado algo





a ella. Creo que yo no valdría para ser guardia civil, pues hay que ser muy valiente y...».

Calló de pronto Lucía mirando hacia la pared con aire distraído, y se le escaparon unas lágrimas.

—¿Por qué lloras abuela? —pregunta Marta.

—Son lágrimas de alegría; me imaginé por un momento que yo era esa señora rodeada por las llamas y que de pronto una guardia civil entraba en mi habitación y me salvaba; ahora comprendo cómo se debió de haber sentido la mujer al ver como tu madre y su compañero la cogían y sacaban de ese infierno. Se me escaparon las lágrimas como cuando escucho el himno de la Guardia Civil y veo a tu madre con su uniforme y sus estrellas de Capitán; con el tricornio en su cabeza y como brilla el charol cuando le da el sol.

Cuando Sergio regresó a casa después de las clases particulares de inglés, la abuela estaba pensativa, le dio a su nieto un abrazo fuerte y se fue a la cocina

a preparar un chocolate bien espeso para merendar, mientras tanto Marta le contó a su hermano la historia de mamá y el incendio. Sergio abría una boca como un buzón de correos de puro nerviosismo.

Por la noche papá y mamá volvieron de sus respectivos trabajos, y durante la cena, Marta y Sergio no pararon de mirar a su madre sin poder quitarle el ojo de encima y, de pronto dijeron:

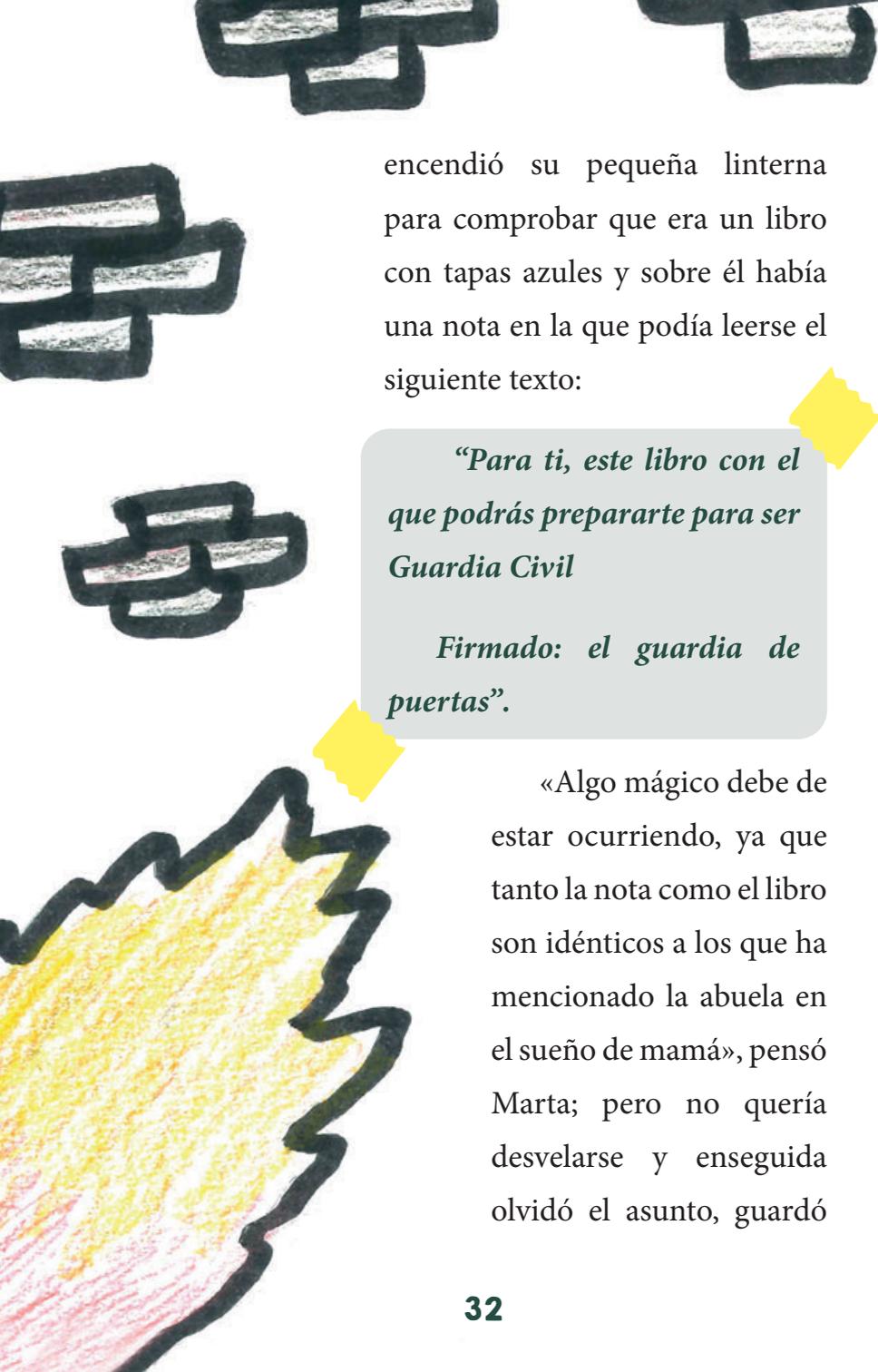
—¿Papá, sabes que mamá es muy valiente?

—Si lo sé, es la más valiente del mundo mundial
—responde el padre.

Lucía guiñó un ojo a sus nietos.

—Si os ha gustado la historia que os he contado, la de mañana va a ser mucho más interesante. ¡Venga! A lavarse los dientes que hay que dormir; que mañana tenéis que ir al instituto —dice la abuela.

Cuando Marta se acostó, deslizó su mano izquierda por debajo de la almohada y tocó un bulto;



encendió su pequeña linterna para comprobar que era un libro con tapas azules y sobre él había una nota en la que podía leerse el siguiente texto:

“Para ti, este libro con el que podrás prepararte para ser Guardia Civil

Firmado: el guardia de puertas”.

«Algo mágico debe de estar ocurriendo, ya que tanto la nota como el libro son idénticos a los que ha mencionado la abuela en el sueño de mamá», pensó Marta; pero no quería desvelarse y enseguida olvidó el asunto, guardó



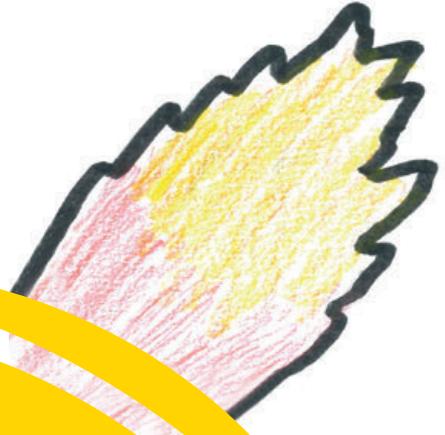
en un cajón el libro y esa extraña nota y se durmió profundamente hasta que cuando ya estaba a punto de amanecer, comenzó a soñar en voz alta:

—Estoy sobrevolando un campo lleno de olivos, parece que estoy sobre Andalucía, veo un letrero en el que pone en letras negras: “Baeza”. Los olivos se están haciendo pequeños, minúsculos y acaban de desaparecer...

La chica se despertó sobresaltada, pero seguidamente esbozó una gran sonrisa que iba de oreja a oreja, mientras se decía:

—¡Uy!, este sueño me resulta muy familiar...





Sergio y Marta os preguntan:

**¿Qué valores podéis sacar
de esta historia? ¿Qué
podéis hacer si veis a
alguien en apuros?**



Capítulo III

LA VALLA

Lucía se ponía triste cuando escuchaba en el telediario que un grupo de inmigrantes se había ahogado cruzando en patera el Estrecho de Gibraltar, o, que cientos de subsaharianos que escapaban de la guerra y la miseria en sus países, se encaramaban durante días sobre esa valla metálica que hay entre la ciudad española de Melilla y Marruecos, y que algunos perdían la vida intentando pasar a España en busca de una vida mejor.

—Abuela, hoy en clase hemos hablado sobre la inmigración —dice Sergio

—Pues ahora que has comentado ese tema, te voy a contar una historia que le sucedió a mamá cuando la enviaron concentrada un verano a la ciudad de Melilla. ¡Uy!, que nerviosa me ponía cuando tu madre me llamaba por teléfono a deshora, siempre estaba pensando si le habría pasado algo. Es lo que nos ocurre a todas las madres de los guardias civiles, siempre estamos esperando...

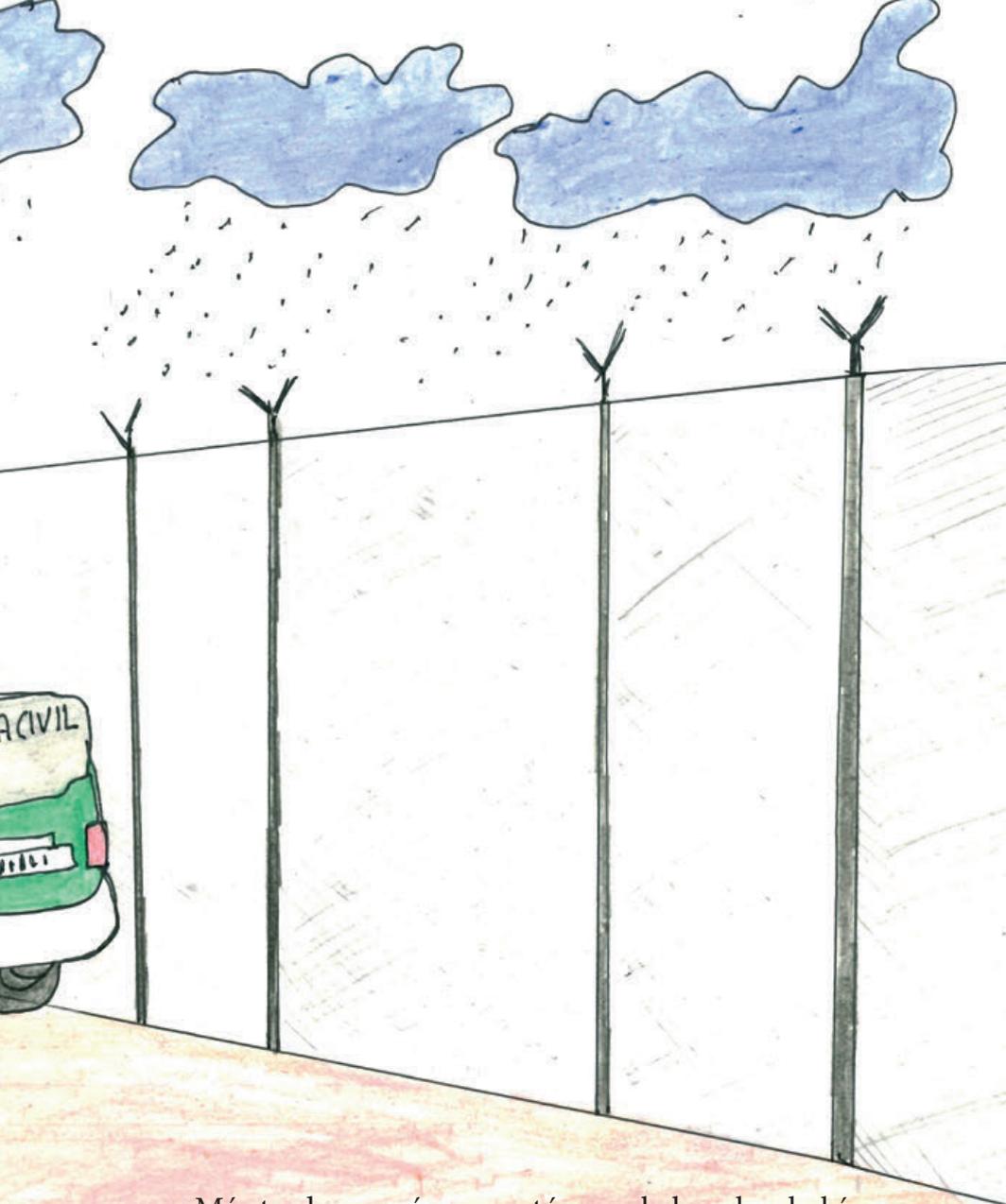
Lucía se puso cómoda en su «rincón de pensar» y comenzó el relato:

«Era una mañana muy calurosa del mes de agosto, encaramados sobre la valla que está en las afueras de la ciudad de Melilla, había unas cincuenta personas que esperaban el momento oportuno para lanzarse y entrar en el territorio español. Un grupo especial de la Guardia Civil —creo que lo llaman GRS—, estaba dispuesto a lo largo de la valla. Tu madre —a la que habían concentrado en el Puesto de Melilla— se encontraba de patrulla esa misma mañana.

Cuando dieron las doce del mediodía, todos los que estaban sobre esa valla saltaron al mismo tiempo al suelo; unos cayeron de pie, otros de espaldas, e incluso hubo algunos que cayeron prácticamente de cabeza produciéndose graves lesiones que no les permitieron correr hacia la ciudad de Melilla. Los Guardias Civiles intentaban cortar el paso a los jóvenes que saltaban y corrían como galgos por los caminos. Tanto fue el lío que se produjo en ese trozo de valla entre los unos y los otros, que “la centralita” de la Guardia Civil tuvo que solicitar apoyo de las patrullas que se encontraban de servicio por la zona. Mamá y su compañero se adentraron por las calles de la barriada más cercana a la valla, y tirado en una de las aceras encontraron a un inmigrante de los que había saltado. Era un chico muy joven, no tendría más de 14 años. Le salía abundante sangre de la muñeca derecha. Mamá y el compañero lo socorrieron: intentaron taponarle la herida pero no era posible cortar la hemorragia, pues una de sus venas parecía estar abierta y la sangre manaba abundantemente por ella y caía en el suelo formando un gran charco.



Tu madre le hizo un
torniquete con un cordón de su bota mientras que el
otro guardia civil llamaba a los servicios de urgencia
y, rápidamente el chico fue evacuado al hospital.



Más tarde mamá me contó que el chaval se había recuperado estupendamente; que era congoleño

y se llamaba “Azizi”, que significaba precioso en su idioma. Que había saltado la valla para escapar de las guerras, el hambre, el odio...; solo quería poder viajar a Francia para trabajar y ganar dinero y sacar adelante a sus padres y hermanas que se habían quedado en el Congo. En su aldea le habían contado que Europa era un lugar maravilloso y que las personas eran buenas. Azizi tenía una amiga en Francia; pero los padres de ella no querían saber nada de él por el color de su piel. No sabía que hubiera tanto racismo, y por ello estaba dispuesto a cambiar el mundo y hacerlo más bonito, otro como tu hermana que también quiere cambiar este mundo. Pues parece ser que Azizi se había empeñado en ir a ver a su amiga y mostrarle a los padres de esta que él era buena persona y que había que tratar a todos por igual sin importar la raza; que había que hacer el bien y no mirar a quién, ya fuera su piel blanca, negra, amarilla, rojiza o aceitunada.

Que la Guardia Civil le había hecho el bien salvándole la vida y, eso no lo olvidaría nunca».

«Ring», suena el timbre de la puerta.

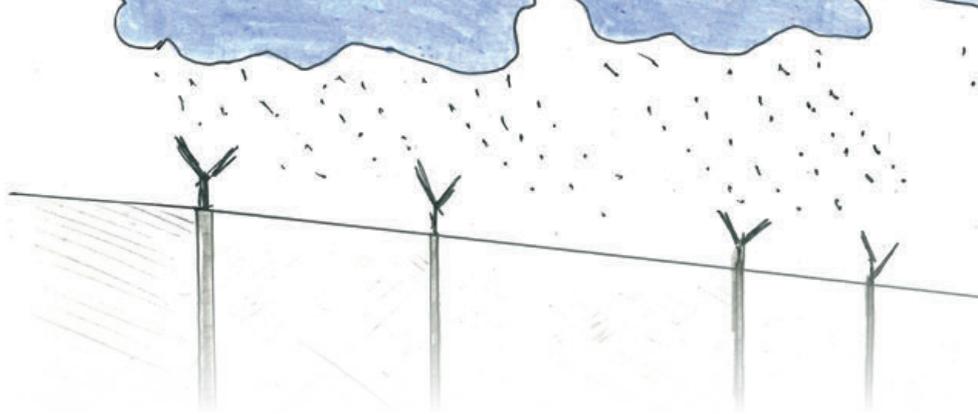
—Ya voy —dice Sergio.

Es Marta, que viene del instituto de entrenar a vóley. Todos los miércoles tiene entrenamiento.

—¿Abuela, tú sabes que yo siempre estoy empeñada en cambiar el mundo verdad? —dice Marta, según entra en casa.

—¡Y tanto! Precisamente estábamos hablando de eso mismo. Conozco perfectamente esa faceta tuya, tanto, que hace unos días le cambiaste a tu hermano los calzoncillos de cajón y ahora no hay quién los encuentre —dice Lucía, riéndose a carcajada limpia.

—Estoy esperanzada. Aún hay oportunidades en este mundo a veces tan feo. Hoy en la clase hemos hablado sobre las profesiones, y para ello ha venido a contarnos su experiencia un abogado. Ha explicado que hacía muchos años la necesidad le obligó a saltar la valla de Melilla; que mientras estuvo en un centro



de acogida en esa ciudad, le ofrecieron un trabajo que le permitió poder quedarse en España y arreglar su situación. Pasado un tiempo pudo viajar a Francia e instalarse allí para trabajar; que tras muchos años de esfuerzo ayudó a sus padres y hermanas que habían quedado en El Congo; también logró estudiar derecho en Francia; se casó con su novia francesa y tiene dos hijas. Hace tres años que vive en España con su familia. Ahora ayuda a otras personas que como él están viviendo una situación traumática. También nos contó con lágrimas en los ojos que aún recuerda a Celia: una joven guardia civil que le salvó la vida aquel lejano día en que saltó la valla en Melilla.

La abuela le guiñó un ojo a su nieto, quien se había quedado rígido como un lapicero y muy impresionado con esa coincidencia.



—¿Cómo dijo que se llamaba ese abogado? — preguntó Sergio.

—Azizi —dijo Marta.

—¡Que significa precioso en su idioma! —dijeron al mismo tiempo Marta y Sergio.

Marta se quedó mirando fijamente a su hermano un tanto extrañada.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Cosas de la abuela, hermanita —respondió Sergio, al tiempo que se dirigía a su habitación con la intención de escuchar música.

«Mi abuela es una *“Supergirl”*; puede que adivine el pensamiento y tenga también Rayos X en los ojos»,

piensa Marta, mientras está manipulando el mando de la televisión en busca de algún canal interesante que ver.



**¿Sabéis qué es el racismo
y qué podemos hacer
para evitarlo?**

**Contádselo a Marta
y a Sergio**



Capítulo IV

EL TEMPORAL

En la radio están dando un programa que le encanta a Lucía, hoy hablan sobre la contaminación por plásticos. El comentarista dice:

«¿Sabéis que hay grandes islas de basura en los mares y océanos?»

Es necesario reducir el uso del plástico en nuestra vida cotidiana. Hay plásticos en todo el planeta, desde el Ártico hasta la Antártida. Cuando esos objetos llegan al mar, la fauna marina se los come y se acumulan en su interior. Si vais a la playa seguramente

podréis ver bolsas flotando en la superficie, e incluso en el fondo si nos aventuramos a bucear. A diez mil metros de profundidad se han encontrado plásticos. Cada día se abandonan millones de latas y botellas que contaminan nuestros bosques, montañas y playas».

—Madre mía, como está el planeta, no sé cómo os lo vamos a dejar, como no hagáis vosotros algo no sé en qué va a acabar esto, ¡qué barbaridad! —dice Lucía a sus nietos.

Marta y Sergio estaban en la cocina acabando de merendar unas crepes; pero en cuanto escucharon a la abuela hablar sobre la contaminación, le preguntaron si la Guardia Civil además de todo lo que hacía no cuidaba también del medio ambiente.

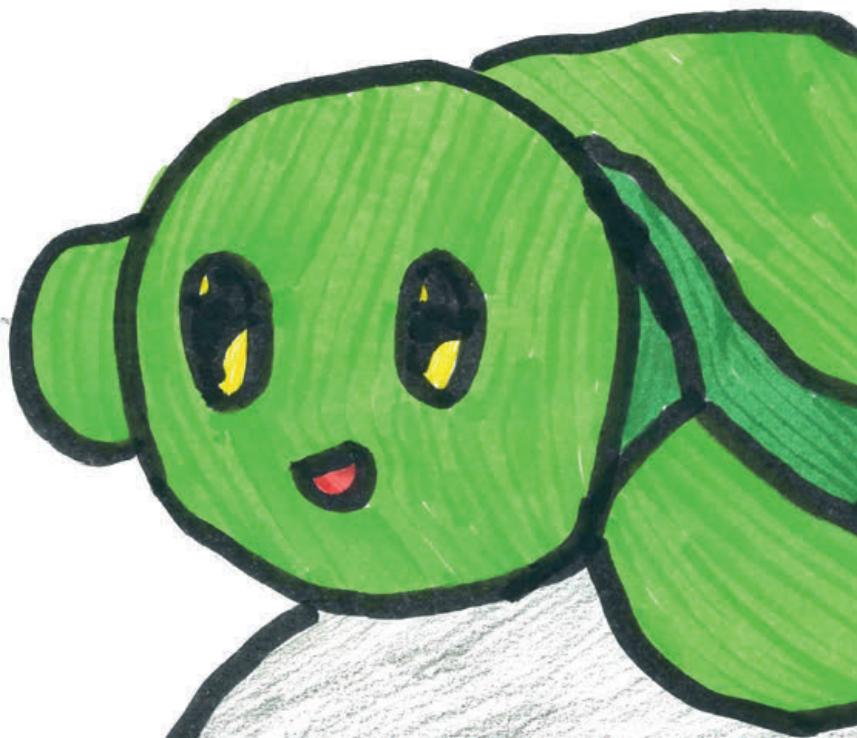
—Recuerdo que hace años el abuelo y yo fuimos a ver a vuestra madre al lugar en el que se encontraba destinada. Era un precioso pueblo llamado Muros, situado en la Costa da Morte en La Coruña. Mamá

había ascendido a Cabo y la habían destinado a ese puesto. Os voy a contar una historia que tiene que ver con la protección de la naturaleza.

A Sergio y a Marta les interesaba mucho todo lo relacionado con el medio ambiente y rápidamente se sentaron en el suelo. La abuela se recostó en su sillón y comenzó la historia:

«Soplaba un fuerte viento en la Costa da Morte. El mar estaba enfurecido y las olas penetraban con fuerza barriendo los arenales de las playas del litoral. Vuestra madre estaba en el cuartel atendiendo a un ciudadano, cuando recibió una llamada de la Central alertando de la aparición de algo muy grande en la playa de San Francisco, en un lugar llamado Louro. Algo enorme que se movía y que era de color oscuro.

En ese momento no había ninguna patrulla en la calle, por lo que vuestra madre ordenó al guardia de puertas que la acompañara hasta esa playa. Transcurridos apenas cinco minutos de conducción







llegaron al lugar. Había un temporal tremendo: el viento levantaba la arena y la mezclaba con las agujas arrancadas de los pinos que poblaban la zona. Caminaron hasta la mitad del arenal y era cierto, había un bulto enorme con un caparazón grandísimo. A medida que se iban acercando el extraño ser iba tomando la forma de una enorme tortuga. Mamá y su compañero se quedaron de una pieza, nunca habían visto semejante ejemplar. “Me dijo vuestra madre que era un tortuga laúd, que medía por lo menos tres metros y pesaría como mínimo 800 kg”. El animal parecía estar en problemas, movía nerviosamente las largas aletas delanteras formando con ellas dos profundos surcos en la arena,

mientras el agua iba y venía golpeando con mucha violencia sobre el caparazón. Me imagino cómo se debió de haber sentido tu madre, pues era algo maravilloso el poder ver de cerca a esa hermosa tortuga que recorre distancias infinitas a través de los océanos en busca de su alimento. El temporal posiblemente la habría arrastrado hasta la orilla, desorientada y más pendiente de sobrevivir que de encontrar el camino de vuelta a su casa. Alrededor de su cuello y caparazón tenía enrollada una red de pesca. Algo había que hacer o moriría irremediablemente. Lo primero fue llamar a la central y alertar a las patrullas de los puestos próximos y del SEPRONA de Noia, para poder entre todos devolver la tortuga al mar».

—Qué interesante abuela, cada día me entran más ganas de ser Guardia Civil como mi madre — dice Marta.

Lucía sonríe, aplaude y continúa con el relato:

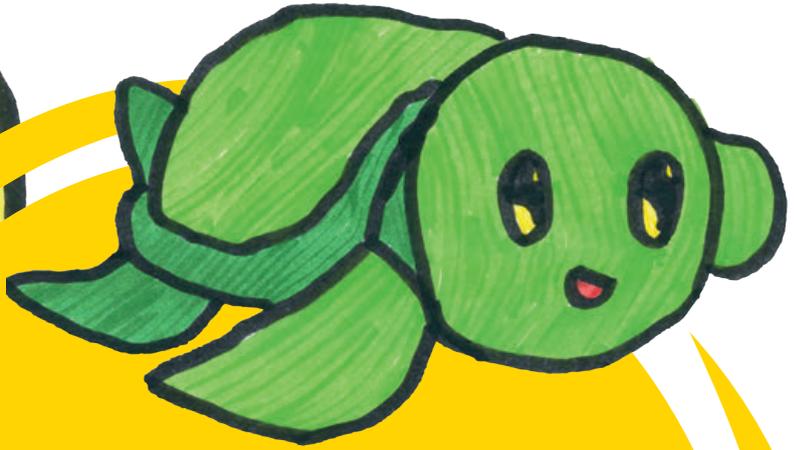
«Pues a la playa vinieron cuatro patrullas de los puestos más una del SEPRONA para ayudar a vuestra madre y a su compañero a salvar a la tortuga. Uno de los guardias civiles, con una navaja fue cortando la red poco a poco y liberando primero el cuello y finalmente el caparazón de dos metros del animal. Una vez liberada la empujaron hasta el agua. Cuando la tortuga se vio a salvo a todos les pareció que sonreía. ¡Bueno qué ocurrencia!, a mí me parece que eso se lo imaginaron de lo felices que estaban los guardias civiles por haber salvado a esa pobre tortuga laúd. Se despidieron de ella con muchos aplausos hasta que finalmente desapareció en el océano, pero no sin antes haberla bautizado con el nombre de “Kiwi”, como el gato egipcio del Sargento. Fue el único nombre que se les ocurrió».

—¡Madre mía, abuela! Esta historia ha sido estupenda, nos hemos puesto nerviosos y todo, pendientes de si al final la tortuga se salvaría. Qué bonito trabajo hace la Guardia Civil, estamos súper orgullosos de mamá y de sus compañeros. —dicen Sergio y Marta al mismo tiempo.

Acaba de llegar Celia a casa diciendo que viene de la tienda de animales de la esquina, y que ha traído una pequeña tortuga a la que le va a poner el nombre de “Kiwi”.

«¡Qué casualidad, que todo lo que cuenta la abuela acaba por hacerse realidad! Ya lo dije ayer, tiene súper poderes. Menos mal que a mi madre no le ha dado por traer a casa una tortuga laúd», piensa Marta, al tiempo que emite una sonora carcajada.





**Sergio y Marta
os preguntan:**

**¿Qué debemos hacer
para reducir la
contaminación?**



Capítulo V

DI NO A LA VIOLENCIA



Hoy Marta ha soñado con una ratoncita que vivía en el campo y que era muy feliz en su planeta de nombre *“Ratolí”*. Los ratones eran perfectos porque convivían en la más absoluta igualdad: las ratonas eran iguales que los ratones y viceversa; los ratones blancos igual que los negros; los amarillos igual que los rojos... La diversidad ratonil maravillaba a los habitantes de todos los planetas del sistema llamado *“Diversia”*. En el planeta *“Ratolí”* no existe la violencia.

—Madre mía, qué sueños más raros tienes —dice Sergio.

—¿Y tú Sergio, con qué sueñas, con videojuegos?
—dice Marta—. Desde luego qué poco sensibles sois los chicos.

—¡Eh perdona!, yo tengo mucha sensibilidad y soy súper igualitario, pero soñar con ratones es raro; bueno, aunque ahora que lo pienso, yo una vez soñé con un gato que jugaba al tenis y que era calvo...

Marta casi se atraganta de la risa.

—Pues ya podríamos ser como los pingüinos por ejemplo, ellos sí que entienden mucho de igualdad y nada de violencia. Hablando de violencia, os voy a contar una historia que le sucedió a vuestra madre cuando estaba destinada en el Puesto de Noreña, en Asturias —dice Lucía.

Sergio y Marta se tomaban esa frase como un ritual, era decirla su abuela y automáticamente se sentaban los dos en el suelo a los pies del «rincón de pensar», y seguidamente el relato comenzaba en 1, 2 y 3 segundos:

«Vuestra madre consiguió un destino en Asturias, esta vez en el Puesto de Noreña. Estaba contenta pues había ascendido a Sargento y mandaba una Unidad con veinte guardias civiles. Apenas llevaba una semana destinada en ese puesto, cuando una noche —era muy tarde ya— recibió una llamada del cuartel; sin dar ninguna explicación se marchó a toda velocidad. Al día siguiente volvería ya entrada la tarde y me explicó: “He atendido a una víctima de violencia de género. Llegó al cuartel acompañada de su hija de siete años. He recogido la denuncia. La niña temblaba, y de sus grandes ojos marrones se escapaban unas lágrimas que empapaban su vestido. Contaba que los colores de su habitación, que antes habían sido tan bonitos y alegres, ayer mismo se habían convertido en grises y negros; todo era muy triste. Decía también que todos los cuadros de su casa estaban en el suelo y con los marcos rotos. El bonito corazón de la mamá también se estaba estropeando del miedo que había pasado. Hemos puesto a salvo a esa pobre chica y a su niña. No hemos localizado al agresor pues se ha







escapado; pero estaremos atentos y lo detendremos. Me ha afectado esta situación: era la pequeña con los ojos más tristes que había visto en mi vida”».

A la abuela se le saltaron las lágrimas al imaginarse el sufrimiento que habrían pasado esa niña y su mamá. Se hizo el silencio en el salón de casa. Sergio y Marta se marcharon cada uno a su habitación y no volvieron a salir hasta que dieron las nueve de la noche y regresó Celia del cuartel.

Marta se había disgustado mucho; se acostó y enseguida se durmió. Transcurrido un rato empezó a mover los brazos y a decir palabras que no se entendían. Estaba soñando otra vez.

Y el sueño era así:

«La niña de los ojos tristes estaba en una cama y tenía tapada la cabeza para no oír los gritos que venían de la cocina, y de pronto se escuchó una sirena muy ruidosa que entraba por la ventana de la habitación, algo así como: «niii, nooo, niii, nooo». La luz azul del techo de un coche de la Guardia Civil iluminó de pronto toda la estancia. Y se oía una voz que le decía:

—Ya estáis a salvo tu madre y tú —dijo una guardia civil que se llamaba Celia.

—¿Tú sabes que a los chicos que pegan e insultan a las chicas, no les gusta que las chicas y los chicos seamos iguales? Los abusones nunca están contentos y no son divertidos. No quieren a nadie, ni a chicos ni a chicas; son unos maltratadores.

Son malos — explicó Celia».

Marta se despertó de sopetón, reparó que había soñado con su madre; abrió el cajón de la mesita de noche



para ver si aún estaba ahí el libro de pastas azules que había guardado hacía unos días; ese que apareció debajo de su almohada y que le serviría para estudiar si de mayor quería ser guardia civil; tras comprobar que seguía ahí, cerró el cajón y se dio media vuelta para continuar durmiendo.

Por la mañana apareció una nota sobre la mesa del ordenador.

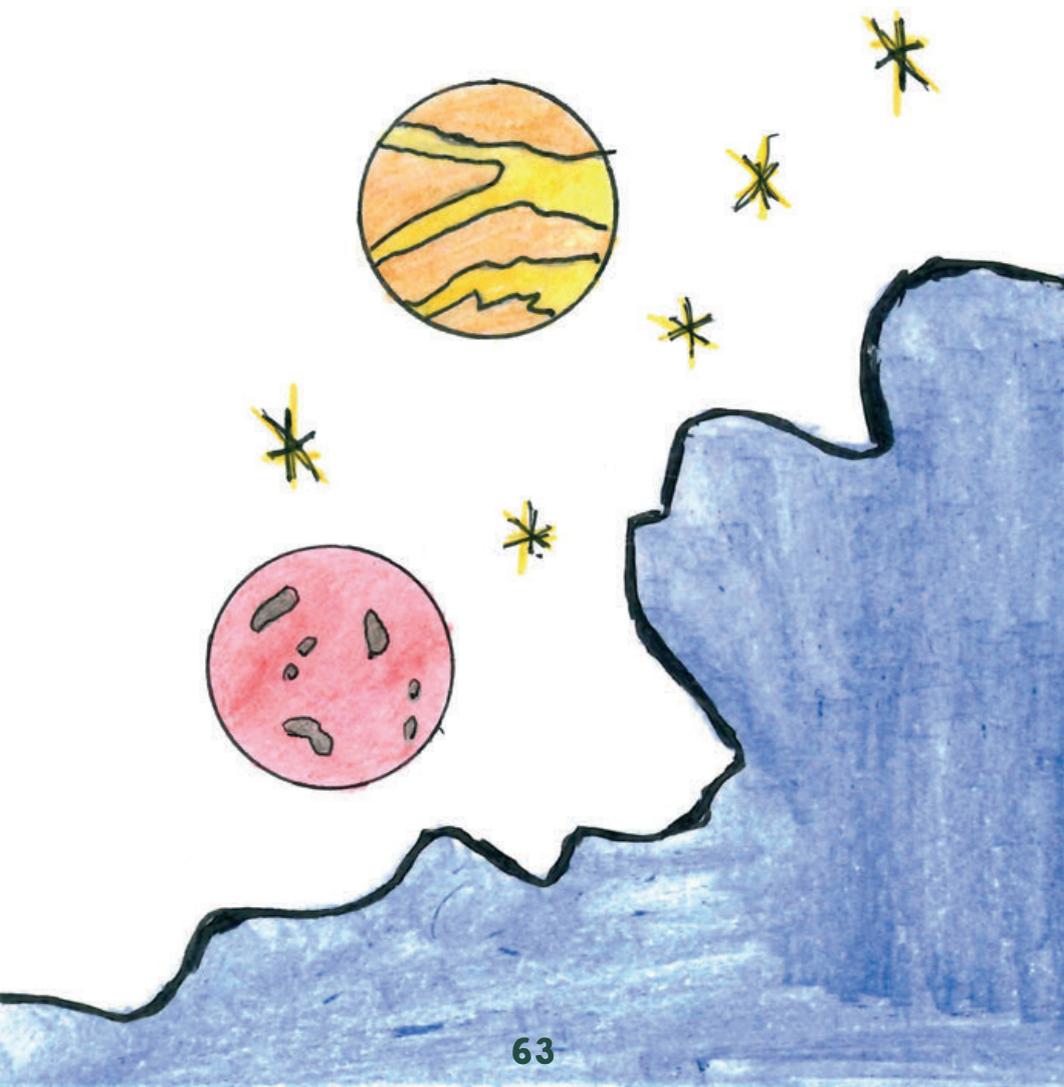
Decía así:

“A los ratones no nos gusta la violencia. No queremos que los chicos pequen e insulten a las chicas, tampoco queremos que las chicas peguen e insulten a los chicos. Para vivir en paz necesitamos igualdad. En el mundo de los ratones somos todos iguales, tanto los ratones como las ratonas.

Firmado: una ratona del planeta “Ratolí”.

—Yo ya estoy alucinando con tanta notita. Esto es de locos, hace unos días me dejó una nota un guardia

civil de puertas y ahora un ratón —dice Marta—.
Creo que necesito unas largas vacaciones en el Polo
Sur, ¿allí habrá ratones?





**No tenemos nada que
preguntar, pero si dos
cosas que pedir:**

**igualdad y el fin
de todo tipo de
violencia.**

Capítulo VI

STOP BULLYING



Marta llevaba varios días preocupada. Todas las historias que la abuela había contado de su madre le habían encantado, y al mismo tiempo afianzado en ella el espíritu de ayuda a los demás que debería tener cuando fuera guardia civil. Sentía más deseos que nunca de cambiar este mundo, porque era hostil e injusto para muchas personas que solo deseaban vivir tranquilamente sin perjudicar a nadie.

—Lo primero que debo hacer es averiguar quién está tan interesado en que yo sea Guardia Civil, y ha dejado las notas y el libro de tapas azules en mi

habitación —dijo Marta para sí, dando un salto de la cama para incorporarse, pues era ya la hora de prepararse para ir al instituto.

Lucas tiene 16 años y está en la misma clase que Sergio. Es el típico chico bonachón y distraído que anda por el instituto como alma en pena. Lleva años siendo víctima de *bullying* por su físico, pues es gordito desde siempre.

—¡Y qué pasa si es gordito! Ya podían dejarle tranquilo, cada uno es como le da la gana ser, que manía tiene la gente de juzgar a los demás por su apariencia, sin molestarse tan siquiera en conocerle. ¡Qué asco de vida, jolines! —dice Marta, en el mismo momento en que ve como dos chavales de 2º de Bachiller la emprenden a empujones con Lucas.

Por la tarde, Marta y Sergio ya estaban en casa. Hablaron de Lucas y los dos quedaron en que intentarían ayudarle, acompañarle, y montar un grupo “*anti bullying*” en el instituto que se encargaría de ayudar a los compañeros que son víctimas de

otros. En esta ocasión fue Marta la que se sentó en el sillón de pensar de la abuela, lo que provocó en Lucía que pusiera una cara de extrañeza y preguntara a su nieta si iba a ser ella, la que hoy contaría una historia.

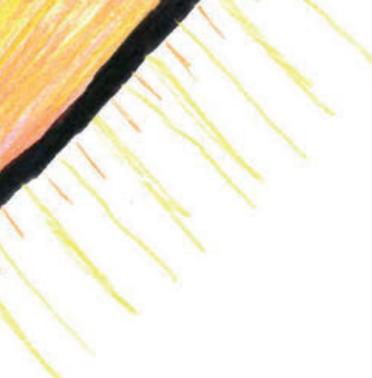
—Sí, abuela, hoy me toca a mí contaros un relato.

La abuela y Sergio se sentaron en el suelo y se dispusieron a escuchar atentamente:

—En el instituto le hacen *bullying* a un chico que se llama Lucas —dice Marta.

Con el apoyo de su hermano —que asentía de vez en cuando—, le contó a su abuela de qué manera algunos alumnos trataban a Lucas; que lo había visto llegar al “insti” con los ojos hinchados y los brazos con moratones. Me da muchísima pena lo que está pasando.

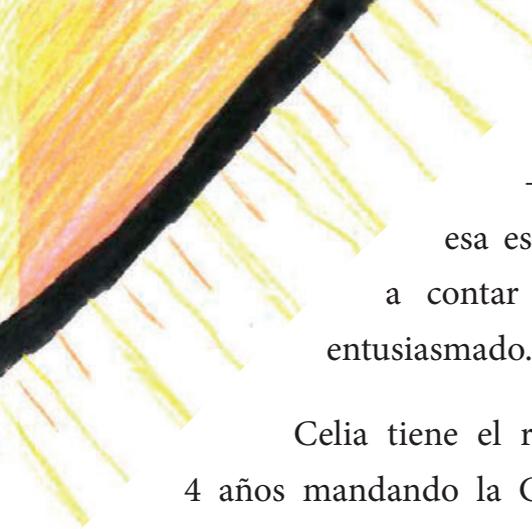
—¿Os acordáis que mamá nos habló sobre el Plan Director? Creo que un guardia civil viene al centro y nos cuenta cosas sobre *bullying*; también sobre los peligros de internet y la violencia de género...— explica Marta.



No al bullying
no al ciberacoso
escolar







—¡Sí! Es verdad, pues esa es la solución, se lo vamos a contar a mamá —dice Sergio entusiasmado.

Celia tiene el rango de Capitán y lleva 4 años mandando la Compañía de Langreo en Asturias. Las charlas del “Plan Director” las imparte un guardia civil del Puesto. Marta, Sergio y la abuela, esperaban impacientemente en el salón a que viniera Celia de trabajar.

«Ring»

—¡Ya está aquí mamá! —dicen a la vez Marta y Sergio

Le contaron a la madre sin olvidar ningún detalle lo sucedido con Lucas. Celia decidió encargarse personalmente de impartir la siguiente charla sobre “bullying” en el instituto de sus hijos.

Y llegó el día, el salón de actos estaba repleto de cabezas que miraban sin perder detalle el uniforme

y las tres estrellas que tenía en el hombro la mujer guardia civil que hablaba sobre *bullying*. Marta y Sergio estaban muy orgullosos de su madre y ni pestañeaban para poder prestar toda la atención a lo que se estaba hablando allí; de pronto la Capitán pidió que se levantara el alumno llamado Lucas Santos. El chico se quedó de piedra al oír su nombre, que sonó en todo el salón; todas las miradas se dirigieron a Lucas. Se levantó muy lentamente y visiblemente nervioso.

—Lucas, ¿te gustaría sentarte a mi lado?, me gustaría mucho que me ayudases a dar la charla de hoy. ¿Querías ser hoy un guardia civil como yo?

El chico dijo un «sí» emocionado y se sentó junto a la Capitán sin poder apartar la vista sobre todos aquellos que le habían maltratado durante estos años en el instituto. Lucas por primera vez en mucho tiempo se sintió protegido y feliz.

—Stop *bullying* —dijo Celia mirando al público—. Ahora decidlo bien alto, como si



estuvierais en el concierto de vuestro grupo de música preferido.

De pronto, el salón de actos vibró por completo cuando todos los alumnos y profesores, gritaron al mismo tiempo:

**«STOP BULLYING, STOP BULLYING,
STOP BULLYING, STOP BULLYING, STOP
BULLYING...».**

Lucas no volvió a ser molestado; pero por si acaso, en el instituto se organizó un equipo *“anti bullying”* de voluntarios, que estarían atentos a que estas cosas no volvieran a suceder nunca más.

Marta salió antes de tiempo de clase y se dirigió a toda prisa a casa, pues quería contarle a su abuela la gran heroicidad de mamá en el instituto. Abrió despacio la puerta y entró a hurtadillas para darle una sorpresa a la abuela; se dirigió a su cuarto para dejar la mochila.

—¡Qué sorpresa abuela! ¿Qué haces en mi habitación?

Lucía tenía un libro de pastas azules en una mano y en la otra una nota escrita.

—¡Te pillé! —dice Marta, escacharrándose de risa— ¿Qué pone en esa nota abuela?

“Para ti, este libro con el que podrás prepararte para ser Guardia Civil

Firmado: el guardia de puertas”.

—¿Eras tú la que me dejabas las notas?

—¡Sí!, es que me gustaría tanto fueras guardia civil como tu madre —explica Lucía—. Las abuelas somos como “Supergirl”.

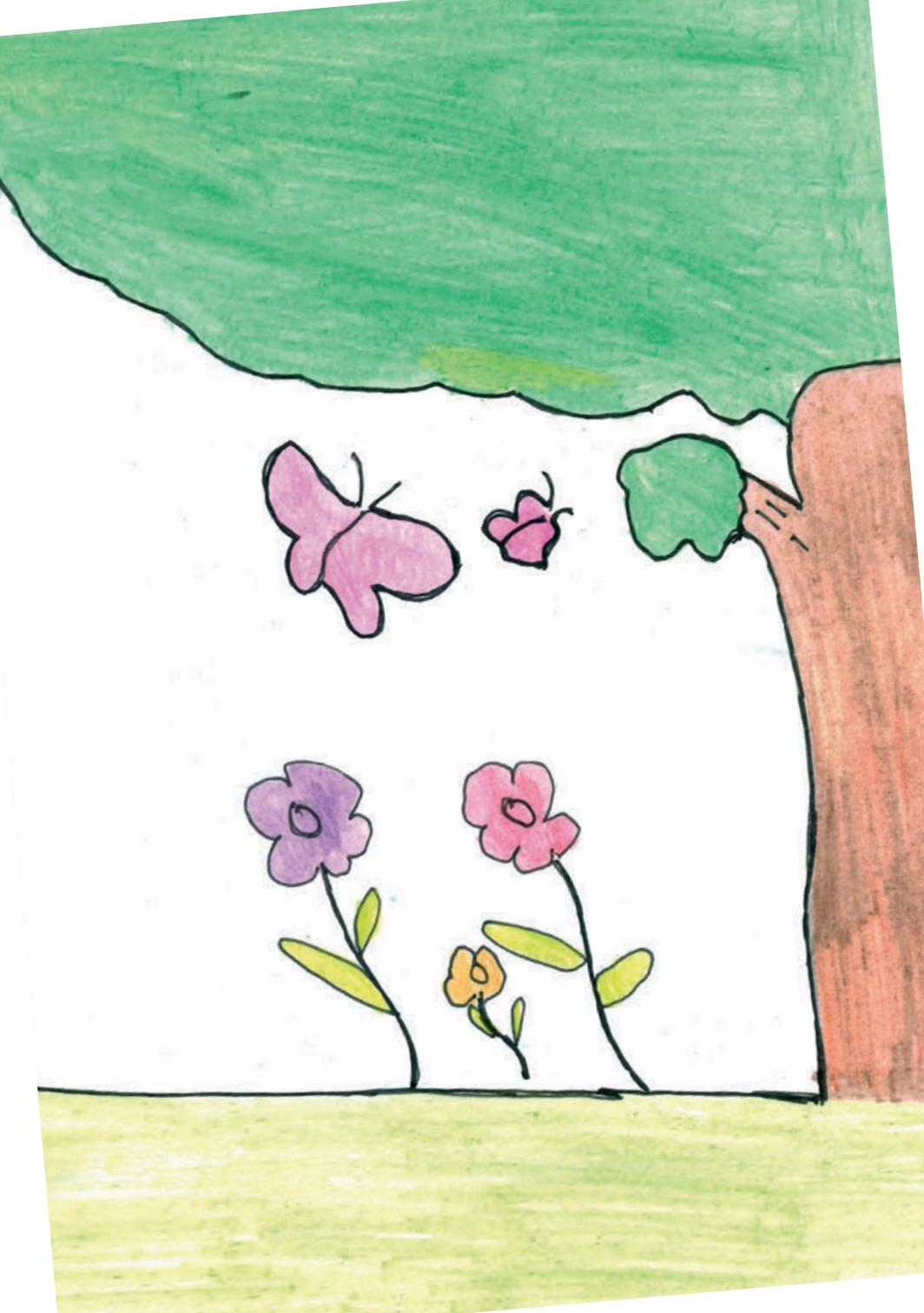
—Seré como mamá —dice Marta sonriendo, al tiempo que se fundían las dos en un largo abrazo.





**Marta y Sergio os
quieren preguntar:**

**Si veis a algún compañero
solo y triste en el patio, ¿qué
podrías hacer para ayudarlo?**



ABUELA
¿QUÉ PASÓ
EN SEPTIEMBRE
DE 1988?





GUARDIA CIVIL

